



## TALLER DE ORACIÓN SANTA ANA

14. Taller, 29-11-2025

**Disponerse:**

**Canto: "Madre del silencio"**

**Tema: "EL SILENCIO DE MARÍA"**

**E**n este encuentro de oración nos preparamos para vivir el Adviento que comenzamos esta tarde con el oficio de vísperas. He pensado que podía ayudarnos profundizar en el silencio de María, con el fin de que ella nos enseñe a vivir este tiempo de gracia que es el Adviento, desde esa postura silenciosa y contemplativa que ella vivió. Muchas veces hemos hablado del silencio, de su necesidad para la oración, María nos lo enseña. El silencio de María es una de las actitudes en las que hemos de meditar y profundizar en este tiempo de Adviento. María ha recibido al Verbo en su seno y vive el **"Adviento de nueve meses"** en total silencio y contemplación ante tan gran misterio que le habita.

**María guarda silencio ante el misterio de la encarnación del Hijo de Dios en su seno.** El silencio de María está envuelto en el asombro, la humildad, el amor y la adoración. Lo más normal nos parecería que ella hubiese anunciado, al menos a las personas más queridas –como a José, su esposo– que en su seno se había encarnado el Verbo de Dios, el Emanuel; hecho incomprensible para la inteligencia humana. Sin embargo, María, desde su profunda sencillez y sorpresa guarda silencio, pues comprende que a ella no le corresponde anunciar un tal misterio. **María se calla, para dejar que Dios hable.** Ella confía y adora. Dios verá el momento y elegirá las mediaciones que él considere adecuadas para revelar el misterio de la Encarnación del Verbo en su seno. **María cree, ora y espera -aunque no comprenda- desde un silencio adorador,**

A José, es el ángel quien se lo revela en un sueño: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 20,21). A Isabel es el Espíritu Santo quien se lo revela en el encuentro con María: «¡Dios te ha bendecido más que a todas las mujeres, y ha bendecido a tu hijo! ¿Quién soy yo, para que venga a visitarme la madre de mi Señor? Pues tan pronto como oí tu saludo, mi hijo se estremeció de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú por haber creído que han de cumplirse las cosas que el Señor te ha dicho!» (Lc 1,39ss).

En el nacimiento, serán los ángeles los embajadores de anunciar la venida del Hijo de Dios. "Sucedío que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada. Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor. El ángel les dijo: «No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que

es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace»» (Lc 2, 1-ss).

María, desde el anuncio de la Encarnación, vive sumergida en su interior, envuelta en un silencio de gratitud y adoración; y apenas nacido el niño, la vemos también silenciosa y maravillada ante: «El Hijo de Dios hecho hombre». María acoge y contempla a Dios encarnado en ella. Y en este silencio contemplativo transcurre toda su vida. Para María, el silencio es una actitud interior constante, porque el silencio para ella no es la ausencia de la palabra, sino la presencia de Dios; y en presencia de Dios meditaba y guardaba todas las cosas (Lc 2, 51).

María es consciente de que la Encarnación de Dios es para todos, ella solamente es el instrumento que Dios ha elegido. Por eso permanece en el silencio, para darle toda la primacía a Dios hecho hombre y que los hombres vean, ante todo, a Jesús y le reconozcan como el Hijo de Dios, el Salvador del mundo. María queda en la penumbra para que Jesús resplandezca; él que es la luz del mundo, el centro, la atracción de todos los hombres y de todos los pueblos. El silencio y olvido de sí van muy unidos. María se olvida totalmente de sí para mostrarnos a su hijo, salido de sus entrañas: Jesús. La iconografía pone muy de manifiesto este gesto de María mostrando en primer plano a Jesús, en una postura de entrega absoluta, ella siempre se queda en segundo plano.

En nuestra vida –de mujeres orantes– el silencio interior y el olvido de sí, unido a la humildad, deberían ser una meta a alcanzar, sabiendo desaparecer para que Jesús se haga más visible en nuestro mundo a través de nuestros actos y manera de ser. Esto solamente podremos vivirlo desde la dimensión contemplativa que nos sumerge en el silencio adorador, dejando el protagonismo personal para darle todo el protagonismo al Hijo de Dios, como lo hizo María.

Adviento no es solamente un tiempo determinado en el año litúrgico, sino una disposición permanente del espíritu y del corazón. Cuando se vive esta presencia, también se vive en armonía, en el gozo que produce el encuentro con el ser amado; de alguna manera participamos de ese gozo de María que le hizo permanecer siempre como mujer serena ante todos los acontecimientos de su vida. *«En la tranquilidad y la confianza está vuestra fuerza»* (Is 30,15).

### **Oración en silencio**

**Música: “Silencio de amor” (Música Jésed)**

**Silencio**

**Compartir libremente.**

Terminamos nuestra oración suplicándole a María que nos ayude a vivir en profundidad este tiempo de Adviento.

**Todas:** María, en este tiempo del Adviento, te llamamos Madre de la Esperanza, porque tú das al mundo al Hijo de Dios, enviado para la salvación de quienes realmente lo acogen en su corazón y se dejan salvar por su gran amor. Te pedimos intercedas por tus hijos e hijas, para obtener el don del silencio, la fuerza para resistir a la corriente moderna del ruido estresante y enloquecedor de tantas palabras vacías y sin sentido; y concédenos la capacidad de escuchar a Jesús, el único que realmente puede decirnos palabras de vida eterna y quiere habitar en nuestro interior. Amén.

Carmen Herrero, hcsa